

4 de septiembre.-

Varios aviones relavándose, con presencia permanente de una a tres unidades, bombardearon Oviedo desde las 08,30 a las 18,40 horas, arrojando entre 250 y 300 bombas, que afortunadamente no causaron demasiadas bajas.

Aparte los testimonios individuales, la afirmación de que los bombardeos republicanos sobre el Oviedo cercado fueron continuos a partir del 4 de septiembre, la había hecho de forma oficial el general Aranda en el Resumen Técnico que redactó poco después haber sido roto el cerco de la ciudad y que Manuel Aznar, publicaría en su libro “Historia Militar de la Guerra de España”, cuya primera edición se remonta al año 1940. Eran entonces muchos los supervivientes de entre los que habían padecido el cerco de Oviedo y tal afirmación les pareció conforme a la realidad y acorde con sus propias experiencias vitales. Mas el paso del tiempo y la desaparición de los testigos directos o el postergamiento al olvido de los recuerdos más dolorosos, propiciaría la siembra de dudas. Se ha escrito (63) que la continuidad de los bombardeos era imposible con el reducido número de aviones de que disponían los republicanos en Asturias. Lo curioso es que para confirmar la imposibilidad de tales bombardeos se apoyan en los datos que yo publiqué en un artículo de la REHM –“Ofensiva aérea sobre el Oviedo cercado”–, dando por supuesto que mi información procedía de los partes emitidos por el observatorio

63

http://www.sbhac.net/Republica/Colabora/VAlvarez/GCE_VictorAlvarez_Aviacion_AsturiasPrimerosMesesGCE.pdf, , por Víctor Luis Álvarez Rodríguez.

establecido en la torre de la Catedral de Oviedo, a los que yo entonces aún no había tenido la oportunidad de acceder.

El error que en el texto citado se comete es que, para fundamentar la imposibilidad de los bombardeos continuados de septiembre, utiliza mis datos de octubre. Por otra parte, da por entendido que el bombardeo aéreo tiene por única efectividad los escasos minutos que el avión permanece sobre su objetivo; cosa que no es así en absoluto para el que lo sufre. La persona que ha acudido al refugio antiaéreo, habitualmente desde que se detectara la aproximación del o de los aviones –es decir, antes de que comenzara materialmente el ataque, no vive únicamente la angustia de los instantes en que caen las bombas, sino que debía permanecer en el refugio hasta que se daba la señal del final de la incursión, para la cual se esperaba un tiempo denominado “de alarma” con una duración mínima de media hora después de la desaparición del último aparato. Si antes de ese lapso de tiempo se iniciaba otra incursión, aunque fuera de un solo avión, resultaba imposible el abandono del refugio hasta que volviera a repetirse la secuencia de sucesos y así sucesivamente. Por ello, para la población civil ovetense, que se vio recluida en los refugios durante varias jornadas la práctica totalidad de las horas diurnas (hasta que comenzaron los bombardeos nocturnos), lo que les impedía satisfacer las necesidades de su vida cotidiana, entre las que se cuentan las de acudir a los lugares donde se les suministraban alimentos y agua –hasta el punto de que se registraron en los dichos refugios antiaéreos casos de muerte por inanición de las personas enfermas o más delicadas–, la retirada de los cadáveres o la evacuación de las necesidades fisiológicas, éstos eran, desde luego, bombardeos continuos; trágicamente continuos, Lo mismo que lo fueron

para los barceloneses los bombardeos a que les sometió en 1938 –desde las 22,08 h. del 16 de marzo a las 15,19 h. del día 18– la Aviación Legionaria basada en Mallorca, que para ellos fueron “tres días de bombardeo continuo”, mientras que para John Longdon Davies, que dedicó un libro –“Air Raid”– al estudio exclusivo de tales bombardeos, en el que pormenoriza los tiempos de los ataques y alarmas, fueron en realidad trece incursiones con una permanencia total sobre la Ciudad Condal de 26 minutos. O al de los habitantes de Guernica, que aseguran haber sufrido un solo bombardeo de tres horas y cuarto de duración –de 16,30 a 19,45h.), cuando se trató de cuatro incursiones entre las que hubo dos periodos de calma –de 20/30 minutos– en los que, desde luego, la población no abandonó los refugios (64), lo que les daría esa sensación de continuidad (65). Con el agravante, en el caso de Oviedo, de que los periodos de alarma o calma entre incursiones no eran de silencio pues se hallaban cubiertos por los disparos de la artillería republicana que no cesaba en el bombardeo de la ciudad –cosa que no sucedía en Barcelona, ni en Guernica, ni en tantos otros puntos donde ambas armas no actuaban conjuntamente y, así, los “raids” aéreos duraban efectivamente lo que duraba el total y estoy seguro de que sería ocioso preguntarles a los ovetenses si su estado de ánimo les permitía discernir si los proyectiles que continuaban, y continuaban, cayendo eran de aviones o de artillería.

Con tal forma de actuación, los republicanos asturianos se mostraron discípulos muy adelantados en la aplicación de las teorías sobre el

64 Lamentablemente, al menos 25 de ellos, nunca saldrían del refugio de Santa María en cuyo interior perecieron al derrumbarse éste sobre sus ocupantes.

65 Probablemente los datos numéricos citados no sean de una exactitud absoluta, pero sus magnitudes valen perfectamente para ejemplificar lo que quiero decir.

bombardeo de ciudades elaboradas en el periodo entre guerras, que no preconizaban tanto la destrucción material o la mortandad de la población, como el romper la moral de los sufridos bombardeados. Se adelantaron en quince meses al ensayo de los italianos sobre Barcelona, que provocó el escándalo de las democracias occidentales. Pero, claro está, que los ovetenses, olvidados por la propaganda, eran víctimas de segunda clase que no perturbaban en exceso el sosiego de las potencias democráticas.

Y, dicho esto, vamos a continuar ya con lo que ocurrió en Oviedo el 4 de septiembre y los días sucesivos a la luz de los partes del observatorio de la Catedral –de los que, ahora sí, dispongo de una copia– sin dejar de tener presente en ningún momento que la distancia en línea recta del aeródromo de Carreño a la capital asturiana era de apenas 20 kilómetros.



De Havilland D.H.89M de Hernández Franch: alas blancas con bandas rojas

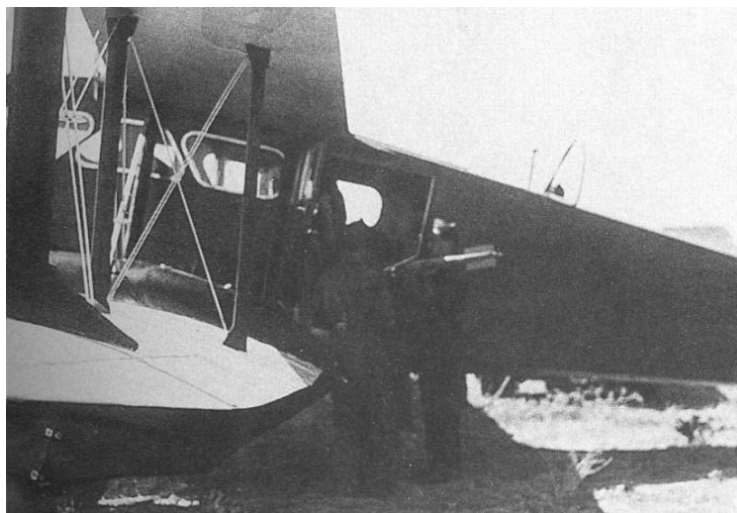
Según dichos partes, *“...a las 08,30. Por Lugones aparecen dos aviones rojos y, poco rato después, otro, en total tres. Son un biplano que lleva franjas rojas y blancas en las alas y la bandera (¿la escarapela?) tricolor en el fuselaje* –sin duda el DH.89M de Hernández Franch–, *el otro*

es un trimotor –uno de los Fokker F.VII militares– con fuselaje encarnado y bandera tricolor y el tercero un trimotor con la bandera tricolor y las letras EC-AUA. Nos arrojan unas 90 bombas y se retiran en dirección a Carreño (...)

A las 09,10 aparece de nuevo el biplano rojo que nos arroja otras 20 bombas y se retira en la misma dirección que anteriormente.

A las 12,10 aparece por encima del pinar del Naranco el trimotor EC-AUA, arrojando unas 32 bombas aproximadamente, sin objetivo militar sólo las dejan caer en cualquier sitio de la población siempre con víctimas inocentes.

A las 13,15 nos visita el biplano y nos larga en diferentes sitios de Oviedo unas 19 bombas y se retira a Carreño por encima del pinar del Naranco (...). Se observa mucha gente en La Grandota y demás picos contemplando durante el día el bombardeo de los aviadores rojos y los cañonazos a San Esteban y el Cementerio.



Vemos, como se indica, que el bombardero biplano lanzaba en algunas ocasiones unas cifras de bombas superiores –19/20– a las 12 que podía llevar en sus lanzabombas externos. La foto nos muestra como Hernández Franch solía suplementar dicha carga con algunos proyectiles más, albergados en el interior de la cabina

A las 14,10 varios disparos de cañón desde el Camino de Faro que caen en la calle Quintana y calle del Rosal, con algunas víctimas a la vista.

A las 15,10 nuevamente aparece el avión rojo (no se precisa el tipo) lanzando varias bombas en diferentes sitios, aproximadamente 24, y desaparece a las 15,50 en la misma dirección.

A las 18,15, por la parte de san Claudio nos hace otra visita y larga unas 26 bombas, desapareciendo a las 18,40 por Lugones (...)” (66); en ésta y en la anterior ocasión, se recoge la duración de las incursiones. A la vista de estos datos parece suficientemente permanente el bombardeo entre las 08,30 y las 18,40 (con la media hora de alarma, las 19,10).

En cuanto a las bombas, el observatorio de la Catedral cuenta 211, aproximadamente, pues hay que tener en cuenta que es difícil hacer el recuento cuando comienzan a caer los artefactos o mediante las explosiones que se producen sobre el caserío; sobre todo, si estas últimas se mezclan con las de los proyectiles de artillería. Parecida dificultad, tenía el enviado especial de EL COMERCIO, de Gijón, cuando afirmaba: *“...que han pasado de 250, cifra que podemos consignar sin temor a pecar de largos.”*

66 Salvo en alguna ocasión muy especial, se transcribirán solamente los fragmentos de los partes del observatorio de la Catedral que se refieren a la Aviación, no haciéndolo con los que tratan de los cañoneos artilleros o de los movimientos de tropas.



Oviedo bajo las bombas (Foto Archivo Municipal de Oviedo. Colección Adolfo Arman)

La prensa de Gijón relataba así los bombardeos de la jornada: Titulares de EL COMERCIO del día 5: *“Con el intensísimo bombardeo aéreo de ayer, la situación de Oviedo toma caracteres de suprema angustia. Doscientas cincuenta bombas arrojaron los aviones leales... La población civil empavorecida, corre por las calles en busca de refugios”*, siendo los comentarios del artículo suficientemente expresivos: *“...puede comprobarse toda la angustia de esta ciudad que agoniza en los más terroríficos augurios. Solitarias las calles, cerradas las casas a cal y canto. Y de cuando en cuando, en el instante de aparecer los aparatos leales en el horizonte, el llanto desesperado de las campanas que tocan a rebato... Después el griterío de los vecinos en alocada marcha hacia los sótanos o túneles. Y, finalmente, el bombardeo durísimo, matemático,*

eficaz, brotando de la estallida en cada objetivo una gran humareda” o bien “...llegamos a ver algo así como un rebaño despavorido que corre por un claro. Es la gente que, avisada por las campanas, corre a refugiarse donde puede...” (...) “...columnas imponentes de humo se van elevando de la capital... una línea de altos penachos ha quedado marcando los puntos vulnerados...:el Gobierno civil, la Fábrica de la Vega, la Casa Blanca, la Catedral, la Estación del Norte... Los Arenales, la Catedral otra vez, la finca Rubín...” (...)

“...pensamos un momento en la tortura moral a que han estado sometidos los habitantes todos de la ciudad sitiada (en gran parte, prorepublicanos) y comprendemos fácilmente el estado de ánimo en que tienen que encontrarse los sublevados. Su moral después de la jornada de ayer, tiene que haber descendido a bajo cero”. ¿No era eso lo que se pretendía?

Los bombardeos impedían por segundo día consecutivo la distribución de agua y víveres y la posibilidad de cocinar los alimentos (estaba rigurosamente prohibido guisar en los refugios).

El Mando de la ciudad tomaba una medida tan desesperada como escasamente eficaz: todos los propietarios o contratistas de fincas urbanas en construcción deberán abrir en las vallas que las rodean varios portillos para que los transeúntes puedan acceder a los sótanos de las mismas.

-7-

Bero no los aviones siguieron
viniendo cada vez mas veces
diarias hasta llegar un
día en que vino 4 horas
a pero por esto la población
no decaía pues llego se día
en que estuvo los 4 horas y
este mismo día por la noche
hubo una manifestación
con banda de musica y
todo, pues tal mañana
cogieron los rojos este día
creyendo que habían entrado
las columnas que no tiraron
en toda la noche. Bero a

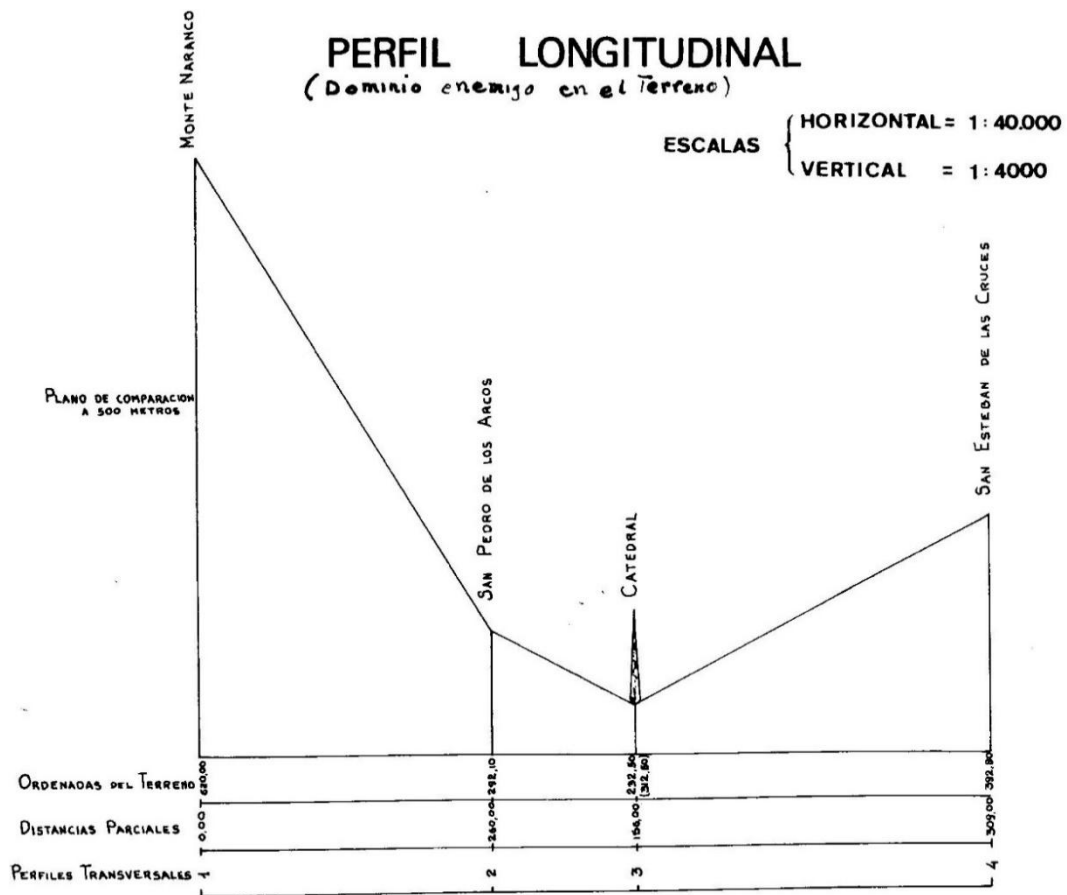
Página del diario de un ovetense anónimo que vivió los bombardeos del 4 y 5 de septiembre de 1936 desde la siniestra y dudosa seguridad de un sótano/refugio. La manifestación patriótica a la que hace referencia, tuvo lugar el 5. (Museo de la Guerra Civil El Cueto, Lugones)

Los aparatos de Carreño no solamente mantenían el continuo acoso al Oviedo cercado, sino que también tuvieron ocasión de bombardear a la columna gallega de la costa en la zona de Soto de Luiña.

El observatorio de la torre de la Catedral

Fue establecido en este punto por tratarse del edificio de mayor altura de la ciudad. Aunque ciertamente no estaba previsto el acceso normal a la parte más alta –el chapitel– ni, mucho menos, al gracioso remate –cruz y bolas– que lo culminan, la instalación del observatorio tuvo lugar en los más elevados ventanales y balconadas renacentistas, desde los que proporcionaba la máxima visual de toda la ciudad y su entorno, que sólo interrumpían las crestas topográficas de los montes que la rodean. El espacio dedicado a este fin era suficientemente amplio y estaba cubierto contra las inclemencias del tiempo y, aunque no en demasía, de la metralla que contra él vomitaba la artillería de los sitiadores. Era, pues, una elección indiscutible. Fue provisto de los medios militares que precisaba para cumplir su misión, como teléfonos, máquinas de escribir, dispositivos de señales y los mejores aparatos ópticos de que se pudo disponer, entre los que destacaban, y como tales eran apreciados, unos grandes y magníficos prismáticos Zeiss.

Desempeñaban el servicio del observatorio un grupo de voluntarios de edad madura a los que, lamentablemente, no se ha podido identificar con precisión, pues aparecen citados únicamente por su primer apellido, A falta de los nombres y otros apellidos, he aquí la relación de los mismos: Señores Sela, Canteli, Redondo, Ginovart, Casero, Torre, Urdangaray, Mayo y Secades.



Perfil topográfico de Oviedo. Salta a la vista lo incuestionable de la elección de la torre de la Catedral



Observatorio de la torre de la Catedral. Se aprecian fragmentos de proyectiles artilleros recogidos por su personal y algunos de los desperfectos que causaban.

El señor Redondo fue guardando las copias obtenidas al papel carbón de los partes diarios que mecanografiaba en el observatorio; copias que, años después confió a la custodia del señor Ginovart, las cuales quedarían, una vez que éste falleciera, a cargo de su hijo.

En total, son 36 folios escritos por una sola cara –aunque algunos presentan anotaciones manuscritas en el dorso– que cubren el periodo entre el 3 de septiembre y el 31 de octubre de 1936. En resumen, un cuerpo documental inapreciable para el estudio de la guerra en Oviedo.